
FILOSOFÍA, CIENCIA Y PROGRESO
O LA FILOSOFÍA NO SIRVE PARA NADA
O ES EL REMEDIO
PARA TODOS LOS MALES.
UN INTENTO DE RESPONDER
A LA CUESTIÓN ACERCA
DEL VALOR DE HACER FILOSOFÍA

ANDRÉS L. JAUME

1. FILOSOFÍA Y CIENCIA

El desarrollo científico es, desde la Modernidad, un fenómeno al que la reflexión filosófica no puede sustraerse. No en vano decimos que vivimos en una “sociedad del conocimiento” y hemos llegado a ésta precisamente a través del desarrollo de las diferentes ciencias, a partir de la revolución científica que se inicia en los siglos XVI y XVII con Copérnico, Kepler, Galileo y Newton, entre otros muchos. Si la nueva ciencia ha triunfado, algo sobre lo que parece que no cabe duda, es porque ha resultado ser enormemente práctica. La predicción de Descartes en el *Discurso del método* que nos hacía “dueños y poseedores de la naturaleza” se ha cumplido. Nunca hemos ejercido tanto dominio sobre la naturaleza como en nuestro tiempo, aunque a un coste elevado, como han señalado audazmente autores como Husserl, Horkheimer o Adorno. Si nos preguntamos si la filosofía ha contribuido en algo, en una época en que las aportaciones a lo que sea se miden en términos economicistas, la respuesta será negativa, a menos que recurramos a algún ardid sofístico. Aun así, puede decirse que la filosofía —si bien ha sentido envidia de los saberes positivos, se ha positivizado en algunos casos o, en otros, ha acabado abrazando presupuestos inicialmente naturalistas— sigue teniendo un valor: el de desafiar los límites del pensamiento establecido o el valor de ser crítica de la propia crítica hasta el infinito. En una palabra, el valor de pensar naderías o, lo que es lo mismo, el querer pensar la realidad toda. Las diferentes ciencias, con su modestia, alcanzan objetivos; en cambio, la filosofía, hoy día sigue siendo un huésped incómodo que, de humor variable, acaba por arruinar toda fiesta.

Departamento de Filosofía, Universidad de las Islas Baleares, España. / andres.jaume@uib.es

La relación no es nueva y a menudo se han confundido, pues para hacer ciencia había que hacer casi siempre buena filosofía y, para hacer filosofía, no se le podía pensar de espaldas a la realidad científica. Al menos así ha sido mientras ha existido un corpus de conocimientos abarcables, una enciclopedia del saber. Pero la Modernidad nos alertó en contra de los intentos enciclopedistas. El valor no estaba en la enciclopedia, sino en sus aplicaciones. No se hacía una enciclopedia para la contemplación, una guía turística de la campiña del saber, sino un complejo manual de instrucciones. Descartes frente a Comenius abandona el ideal enciclopédico luliano. Leibniz lo anhela pero se queda en proyecto. Los ilustrados franceses lo acometen —dura poco— y Hegel lo acaba convirtiendo en una enciclopedia del saber filosófico. En tanto, inexorable, puede casi trazarse una apologética del desarrollo de la ciencia. Ésta, pese a los fracasos investigados por las corrientes más críticas de la filosofía y de la historia de las ciencias, ha conseguido un aumento de la población mundial inimaginable en cualquier época pasada. Ha hecho, en definitiva, realidad el sueño del dominio sobre la naturaleza, lo que también es una pesadilla.

2. ¿PHILOSOPHIA ANCILLA SCIENTIAE?

Como en *La Verbena de la Paloma* puede decirse que «hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad». En esta sentencia decimonónica hemos condensado nuestras esperanzas de cambio y progreso. Las diferentes ciencias son, para la opinión pública, el criterio de lo que es y de lo que no es, de lo que hay que hacer y de lo que no. La racionalidad, hoy más que nunca, es entendida como una racionalidad tecnocientífica. A diferencia de las diferentes ciencias positivas como la física, la química, la biología o la medicina, la filosofía como disciplina no se ocupa de ninguna parcela concreta de la realidad. De hecho, tampoco lo pretende. Si en la Edad Media era *ancilla theologiae*, ahora parece que es sierva del saber positivo. Deviene así metodología de dudosa fiabilidad, pues dice al científico lo que debe hacer, y éste responde que no tiene por qué hacer caso a alguien a quien considera un profano en la materia. Y hasta cierto punto es bueno que así sea.

La filosofía ya no está en primera línea en el estudio de la realidad, y a lo mejor nunca lo estuvo, en contra de lo que sostienen algunos cultivadores de la apologética científica cuando apuntan a que «lo que antes era filosofía y especulación, ahora es ciencia y método científico». Quizás sea adecuado advertir que, en su lugar, la filosofía o, mejor aún, las reflexiones de los filósofos se constituyen como saberes de segundo orden o metasaberes que estudian las condiciones de posibilidad de los discursos que puedan hacerse acerca de las distintas realidades. En prosa vulgar, eso puede calificarse de «saberes de trastienda», o dicho de otra manera,

estamos siempre en la cocina. Así, no buscamos el conocimiento, sino que nos preguntamos por las condiciones de posibilidad del mismo, por el orden de los saberes que lo integran y por sus mutuas relaciones. No explicamos los fenómenos, sino discutimos qué es una explicación adecuada dentro de un determinado marco de racionalidad. No hacemos ciencia, sino nos interesamos en qué es la ciencia y qué no es ciencia, qué deben explicar las ciencias y sus consecuencias prácticas. Tratamos de entender las relaciones entre las ciencias que son más básicas, como la biología o la química, y aquellas que tienen una vertiente más práctica, como la medicina. Nos planteamos, por ejemplo, el tipo de relaciones de transferencia de conocimientos que se dan entre un grupo y otro, o tratamos de poner de manifiesto cuáles son las presuposiciones de fondo sobre las que opera el clínico y si éstas emanan de la imagen científica que presupone. Finalmente, a un nivel más práctico, nos preguntamos acerca de qué es una buena vida, cuándo merece ser vivida y cómo. No le decimos a la gente lo que debe hacer —ganas no nos faltan— y en cambio nos interesa reflexionar acerca de lo que cree la gente que debe hacer y, sobre todo, por qué. No establecemos ni códigos ni leyes, pero nos gusta saber por qué un código es justo y por qué no. Nos interesa por igual el fenómeno de la desobediencia cuando un buen día nos levantamos creyendo en la libertad y desconfiando del determinismo, o cuando nos vemos constreñidos, al igual que muchos otros ciudadanos, por leyes que nos parecen injustas a todas luces.

3. LA ENCICLOPEDIA RECOBRADA

¿Tiene algún valor hacer filosofía hoy o no nos queda sino un sustituto positivizado de la misma, a saber, una doxografía o una hermenéutica que da vueltas sobre sí misma? Mientras las diferentes ciencias avanzan y encauzan el desarrollo de la humanidad, la filosofía parece quedarse estancada y dando vueltas sobre sí misma. ¿Qué valor tiene el dar vuelta? Ninguno, se dirá, si las vueltas se convierten en un ejercicio de puro onanismo. Todo el valor del mundo si estas vueltas suponen una revisión constante del conjunto entero de la experiencia humana. La práctica filosófica genera valor en la medida en que crea espacios de libertad y no da carpetazo definitivo sobre el sinfín de cuestiones que la constituye. El valor, diremos, es la libertad misma, aunque hay que señalar que ésta depende de una visión más o menos coherente sobre el ser humano. La filosofía aporta lo que ninguna otra disciplina puede aportar, a saber, un intento de visión omnicomprehensiva sobre la realidad humana. Es la enciclopedia o lo que queda de ella, al menos su esqueleto. De este modo, no es de extrañar que ésta tenga una función orientadora, pues ayuda no sólo a recobrar espacios de libertad, sino a hacer algo con ellos; enseña a

manejárselas con las cosas, a salvar la circunstancia humana constantemente. La experiencia filosófica es en buena medida una experiencia sobre el saber. Todo ser humano desea por naturaleza saber, nos dice Aristóteles, y la Modernidad vincula el saber al poder. Hoy, se experimenta cierto miedo al conocimiento, incluso se sanciona su imposibilidad, al igual que al principio de la Modernidad. Sea cual sea la postura, sobre el saber se sigue reflexionando. Importa porque se cree que se tiene o para convencer que no se tiene. Lo que sí importa realmente es estar orientado, y ese es el valor que genera la práctica del filósofo: la filosofía como praxis vital y no menos profesional. La visión omnicomprensiva, lo que en estas páginas se ha denominado "enciclopedia", tiene valor por sí misma al ofrecer lo que se espera que ofrezca la enciclopedia: orientación. Si vivimos en la sociedad del conocimiento es razonable que éste suponga un valor intrínseco, y no lo es menos aquella herramienta que permite conocer el propio conocimiento.